

ñar de la historia un sentido; el destino de don Carlos tendía a ello; a darle a su vida ese impulso en que la felicidad ansiada y la paz interior conjugaran a maravilla con los destinos de una nación. La historia oficial y la historia espiritual —recreadas por el genio del poeta— desfilan sus penumbras en este estudio que Stelingis ha realizado con amor. Amor, sabiduría y talento para exponer con claridad un tema y desarrollarlo con método que fluye sin tropiezos.

Los dramas maestros: Wallenstein, María Stuardo, Guillermo Tell, etc. son igualmente analizados con el cuidado que ha puesto este ensayista europeo que trabaja no sólo en torno a los autores del Romanticismo alemán: no olvidemos sus estudios sobre dos poetas chilenos: Carlos Pezoa Véliz y Manuel Magallanes Moure. En toda oportunidad —ya lo sabemos— Stelingis pondrá una dignidad investigadora junto a una sensibilidad alerta y moderna.

<https://doi.org/10.29393/At396-60LEDL10060>

*Los emigrados*, de SERGIO AUBERT CERDA.

Santiago, 1961

Qué interesante es ver cómo la literatura chilena va enriqueciendo su registro con la incorporación de autores que uno creía definitivamente anclados en sus profesiones: la medicina, dentística, arquitectura, abogacía, etc. nos están dando sorpresas año tras año. Esta vez le ha correspondido al arquitecto Sergio Aubert Cerda evadirse de la rigurosa euritmia de las formas arquitecturales, creando un mundo de sugerencias poéticas con temas que enraizan cabalmente en la tierra. Y en ello está el interés de estas páginas: transfigura la realidad con evocaciones de infancia; transmuta sus personajes con el toque certero de lo legendario; logra una atmósfera con una retórica de cuento oriental —decorativa— a veces escenográfica. Y en todas estas páginas está la Muerte presidiendo. De allí el sugestivo título: *Los Emigrados*.

Sergio Aubert Cerda construye sus relatos en secuencias morosas en los cuales la naturaleza, las cosas, los seres, van experimentando una estilización —la mampostería adjetiva que les da visos imprevistos. Así la realidad logra un simbolismo que da a cada uno de los relatos un trasfondo de poesía.

Nada tienen que ver los recursos artísticos del autor con las exigencias del relato moderno. Más bien Aubert Cerda vuelve sus ojos a la técnica de la literatura oriental. El cuento *La muerte de la imaginación* es una verdadera parábola. Tiene todos los elementos implícitos de ese difícil género. El fin ético subyace estrechamente unido a la narración que aquí es más fluida que en otros relatos. También aquí el final del relato culmina con una frase toda moraleja sentenciosa: "A lo lejos la imaginación quedaba muda. Ya no podía amenazar. Ya no podía rogar. Terminaba su poder y su existencia. Moría como el reflejo cuando huye la imagen, como la tiniebla frente al sol. Moría eternamente, como sería la muerte si muriera Dios".

Los relatos de Aubert Cerda suelen tener el tono de las consejas; hilan sus acontecimientos con esa fantasía, esa imaginación que Sergio Aubert Cerda prodiga a lo largo y ancho de todo su libro.

Sin desdeñar aciertos y ciertos regocijos retóricos que lo pueden llevar de redondón al *manierismo*, nosotros preferimos el cuento EL ALCALDE. Es un cuento de pies a cabeza. Y con una virtud que en los demás relatos se hace menos evidente: el autor va derecho a su fin; construye sintéticamente y crea sus personajes con su carácter, su fisonomía. Además, el ambiente realista se aureola de sabor poético —costumbrista—, a la vez que se troca en escenario de imprevistos acontecimientos: de lo imprevisto nace la poesía, y la muerte inminente de El Alcalde, acaecida en el quiosco que él levantara en la plaza del pueblito, le da a este cuento un desenlace teatral: "Erigieron la capilla ardiente sobre el mismo quiosco y en la noche ardía éste de cirios y rezos". Junto al protagonista, un personaje que vemos actuar en sus desesperados trajines: el arrenquín, humilde, servicial. Y lo que hace todavía más interesante a este cuento es el ámbito en el cual reina el alcalde, este alcalde que rememora sus hazañas mujeriegas, que da hijos al mundo con una prodigalidad de verano. Sergio Aubert Cerda ha realizado con un tema *criollo* el milagro del arte; lo ha aligerado de todo resabio notarial y ha sabido crear sus personajes con gracia perdurable.

*Luis Droguett Alfaro*

*Sed en el Puerto*, de OTHÓN CASTILLO.

Ediciones de Andrea, México, 1962

Cuando el lector termina de leer *Sed en el Puerto*, experimenta el sinsabor de una amargura sorda y despiadada, que le nace desde las entrañas mismas del ser.

¿Será posible todo esto? ¿No habrá concebido el escritor este mundo nauseabundo del espíritu en una noche de insomnio, víctima de sabe Dios qué complejos sociales? Cuadros tan al rojo vivo, ratas humanas hurgando en las basuras, espíritus miserables, verdugos implacables de sus prójimos ¿viven tan eufóricamente la existencia, llevados por el ritmo loco de un frenesí sin vacilaciones?

Desde California nos llega este documento lacerante. Un común amigo, Enrique Lafourcade, joven novelista chileno, el más cáustico, dinamitero y penetrante de la Generación de 1950, nos puso en contacto a la distancia.

Comprendemos esa amistad, entendemos el por qué de esa afinidad intelectual. Es la floración espontánea de la América joven, ansiosa de nuevas estructuras, ardiente y generosa, que hurga y hunde el bisturí con arte y verdad. Es el clamor brutal y sin tapujos, que se eleva estremecido sobre un mundo deslumbrante y con placidez de ciénaga verde oscuro; es el grito de rebeldía que irrumpe poderoso y veraz, frente a la hipocresía del mundo oligarca, ávido de poderío y riquezas desmedidas; es el eco